







LA HIPERSTICIÓN

la más nueva de las letosas



Este texto es un trabajo consecuente con *Mandíbulas autómatas. La palabra en estado viral y sus huéspedes precarizados.*

Dirección En el margen revista: Helga Fernández
Delegación editorial: Leticia Gambina, Patricia Martínez,
Valeria González, Marisa Rosso, Amanda Nicosia, Gabriela
Odena, Viviana Garaventa, Yanina Marcucci, Gerónimo
Daffonchio, Mariana Castielli,
Gisela Avolio y Agostina Taruschio.

Octubre 2024
Colección: Ensayo Portátil
Diseño y maquetación: Julieta Valle

La hiperstición. La más nueva de las letosas © 2024
by Helga Fernandez
is licensed under CC BY-NC-ND 4.0



LA HIPERSTICIÓN

la más nueva de las letosas

HELGA FERNÁNDEZ







Confundimos con evidencia
del futuro la capacidad de reconocer
la extrañeza de la actualidad.

William Gibson

Vamos a llamar a esto letosas. El mundo está cada vez más poblado de letosas. Observarán que podría haberlo llamado *letousías*. Habría ido mejor con la *ousía*, este participio con lo que tiene de ambiguo. [...] y en cuanto a los pequeños objetos *a* minúscula que se encontrarán al salir, ahí sobre el asfalto en cada rincón de la calle, tras los cristales de cada escaparate, esa profusión de objetos hechos para causar su deseo, en la medida en que ahora es la ciencia quien lo gobierna, piénsenlos como letosas.

Jacques Lacan





El lenguaje del espacio exterior



I

El lenguaje, por su naturaleza, no requiere el calificativo de viral: es viral, por necesitar de otros cuerpos para replicarse. Igual que cualquier otro virus, que muta y es mutado, el lenguaje se transforma desde las cualidades de cada huésped que infecta. En el devenir de esta transformación, sus propiedades inherentes se modulan al encarnar en un cuerpo orgánico y se intensifican al hospedarse en uno metálico. Cuando es exceptuado de las interrupciones que imprime la encarnación, el lenguaje se reproduce con una fuerza que demanda conexión y desanuda enlaces preexistentes.

Es necesario, entonces, designar a esta nueva presencia, que ya está entre nosotros, como “lenguaje en estado viral”. O, en su defecto, considerar que aquí lo “viral” señala, más que una cualidad, el estatuto de un establecimiento que corre por los circuitos del tecnoceno.

En la era predigital, la viralidad del lenguaje carecía de los medios para hallar su expansión y permanencia actuales. La pandemia de COVID-19 fue testigo de una diseminación masiva de palabras, imágenes y sonidos sintéticos, sin precedentes. El fenómeno que mejor expresó el lenguaje en estado viral fue la emergencia global de discursos anti cuarentena denunciando conspiraciones por parte de un Nuevo Orden Mundial. Aunque, paradójicamente,



quienes desmentían la existencia de una epidemia eran infectados por otra: la del lenguaje sintético, propagado por el mismo agenciamiento que denunciaban –aunque desconociéndolo–.

Sin embargo, no basta con considerar que en esta época el lenguaje viral adquirió establecimiento porque se habría transmitido más de letosa en letosa que de cuerpo en cuerpo viviente. Otro hecho, además de la digitalización de la vida cotidiana, convergió para provocar la eclosión: la suspensión del lazo con el otro. Jamás este lenguaje hubiera alcanzado semejante magnitud sin el distanciamiento social, impuesto y aceptado por riesgo de contagio.

II

La transmisión se apodera de los cuerpos, transitando de uno a otro, resonando en ellos y arrasando con las resistencias que se entrometen en su paso. Si la estabilidad viral tuviera voluntad, sería la de sobrevivir y continuar su propagación.

El virus nos necesita, pero también nos reduce a ser meros portadores. Impone una lógica que nos impulsa a alimentarnos de la transmisión digital, porque él se alimenta de nosotros.

En el caso de las imágenes virales, no somos nosotros quienes las miramos: son ellas quienes nos miran. En

el caso de las palabras virales, no somos nosotros quienes las hablamos: son ellas quienes nos hablan.

III

Conectados al circuito sintético del lenguaje, perdemos nuestra condición de hablantes; nos convertimos en vectores de palabras. Un trastorno que se asemeja a cómo David Cronenberg concibe la telepatía en la película, *Stereo*: la cercanía abrumadora con el otro, la indistinción, la transferencia total y la pérdida de la diferencia. Allí somos incapaces de mantener la distancia necesaria con el lenguaje que irrumpre desde el Espacio Exterior. Un Exterior más radical que aquel del que proviene el lenguaje en la infancia, puesto que llega de aparatos que no se dirigen a nadie. Si se repitiera el experimento de Barba Azul, sustituyendo nodrizas por grabadoras que reproducieran mensajes, aun personalizados con el nombre de cada bebé, nuevamente se observaría el marasmo descrito por Spitz. Los fonemas elegidos para llamar, aunque puestos a oír, no donarían la libido para resonar un cuerpo y obligar un nombre.

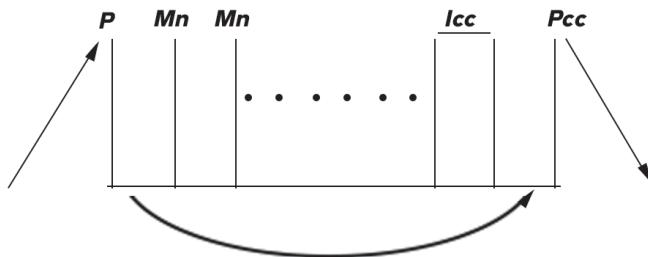
La sobrecarga sensorial sintética nos transforma en conductores de imágenes y palabras virales, y nos vuelve impermeables a la sensibilidad, la empatía y la compasión; aquello que Freud identificó como



el origen de la ética: acudir ante el grito del otro. Inmersos en la tormenta de flujos, tampoco somos capaces de gritar o expulsar lo nocivo. Acoplados al torrente algorítmico, la boca no es una abertura modulante y articulatoria, es un artefacto replicante de enunciados preprocesados.

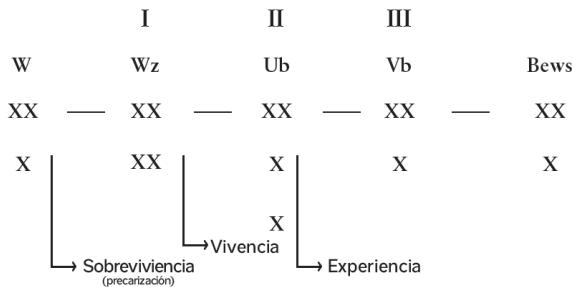
William Burroughs creía que la presentación repetitiva de palabras e imágenes causaba irritación en ciertas áreas del cuerpo. Podríamos pensar que, en tanto componentes del flujo electrónico, se produce en nosotros una exasperación correlativa al hecho de que la descarga de estímulos sensoriales no es sucedida de una acción específica que nos quite de la inermidad. En lugar de alivio, experimentamos una sobreexcitación que nos deja inanes y cada vez más imposibilitados de la derivación propia de las ramificaciones simbólicas.

IV





Percepción → Signo perceptivo → Inconsciente → Preconsciente → Conciencia



El carácter viral de la palabra desmantela la presunción de una identidad, puesto que arrasa con las condiciones de la identificación de sujeto. Tal exclusión genera una retroalimentación entre la precariedad simbólica efectuada y el hecho de que la transmisión digital encuentra terreno fértil en quienes atravesamos estados de supervivencia. Si en la época de Walter Benjamin la experiencia se convirtió en vivencia, en nuestra actualidad las vivencias se transforman en meras sobrevivencias.

En el esquema del peine, es posible ubicar la experiencia en la inscripción del inconsciente y la vivencia en la inscripción de la borradura de la huella. La sobrevivencia, entonces, se situaría en la percepción; el pasaje lindero a la inscripción de la huella de la percepción, pero no del todo logrado, y, en la coalescencia de este polo con la conciencia.





En lugar de producir una inscripción acorde a una identificación, el circuito genera una identidad lábil y por siempre actual, apoyada en la conexión de estímulos. Algunos de los cuales llegan a una conciencia que no establece vínculo alguno con el inconsciente.

El lenguaje en estado viral nos excluye, para existir necesita vetarnos en tanto hablantes responsables del decir. Esto permite que “alguien” piense cosas contrarias a sus propias creencias y siga líneas de pensamiento que conducen a acciones inesperadas. No se trata de actos inconscientes, sino de acciones teledirigidas.

Las mandíbulas autómatas son engranajes del circuito del lenguaje sintético cuya trayectoria es insostenible para la existencia humana. Desafiliado de la identificación de sujeto y de la transcripción de la percepción, el pensamiento se vuelve espeluznante y crea una sucesión de palabras indiferentes a cualquier criterio y lógica de anudamiento concatenativo.

Pretender entrar en este modo del lenguaje como ser hablante, inscripto en una posición enunciativa, implica inhibir las articulaciones y padecer una impotencia que nos embarga e implosiona.

V

Convertidos en altavoces digitales revelamos que los seres hablantes no somos del todo tales. Demostramos



que ninguna modificación tecnológica ocurre sin una transformación de los cuerpos. Exponemos que somos criaturas preformadas por todo aquello con lo que interactuamos.

El estado viral del lenguaje exhibe que podemos ser parte del teatro de marionetas del Gran Ventrílocuo que no es el Otro como tesoro del significante, sino un puñado de otros que fabrican verdades sintéticas y las desparraman como un incendio forestal que arrasa con cualquier frondosidad para plantar allí lo que seguirá dándoles dinero.

VI

El lenguaje procesado por letosas, a velocidad sobre-humana, no se inmixiona en la carne; se prolonga en una especie de hipérbole: como si en algunas personas algo no terminara de secretarse y quedaran expuestas al acecho del Afuera.

Estas palabras e imágenes irrumpen de un Espacio Exterior perpetuo; ajenas, inasimilables, inapropiables. No se trata del afuera de lo forcluido en lo simbólico retornando en lo Real, sino de un Afuera que nunca fue rechazado en tanto nunca llegó a registrarse siquiera como *Lüche* (ese buraco que, en términos freudianos, ocasiona la gramática del *nunca existió ni existe ni existirá*).





Las fórmulas de Lacan, “lo que es rechazado de lo simbólico reaparece en lo real” y “lo que ha sido abolido en el interior reaparece en el exterior”, conllevan un tratamiento y una topología que no coinciden con las del lenguaje sintético. Este lenguaje es capaz de eludir toda huella y estar en condiciones lógicas de no retornar, sino más bien de no ser jamás interior en tanto está hecho para no inmixionar o encarnar.

El Afuera del lenguaje en estado viral carece de una materialidad que nos albergue. Nos coloca en la atopia y la dislocación. Nos excreta hacia la intemperie del horror.

VII

Ante tales circunstancias, se hace imperioso conjeturar dos hipótesis que en última instancia se enlazarían. I) Si la letosa es todo aquello que *opercibe* (opera/percibe) la ciencia, y, bajo determinadas circunstancias, un ser hablante puede devenir mandíbula autómata, la performatividad del tecnoceno poseería la facultad de transformarnos en letosas. II) El lenguaje sintético podría producir una mutación antropológica respecto de nuestro modo de adherirnos al lenguaje: ¿seríamos espeluznantemente capaces de “un habla” que en su dominancia prescindiera de lo



que entendemos –otra vez ubicados en el esquema de la Carta 52– como transcripción y retranscripciones de los signos de percepción?

¿Un hablante, entonces, podría elegir entre la encarnación o la conexión al lenguaje?







Una realidad espeluznante





I

El estado viral del lenguaje no es sólo un efecto secundario de la era digital: es vehículo de la más nueva de las letosas, utilizada a voluntad de los creadores de una subjetividad preformatizada. Hubo quienes experimentaron y estudiaron tales procesos ya desde comienzos de los 90: los integrantes de la CCRU.

La *Cybernetic Culture Research Unit* (CCRU) se fundó en 1995, en el departamento de filosofía de la Universidad de Warwick, primero bajo la dirección de Sadie Plant y un poco más tarde, bajo la de Nick Land. Casi de inmediato, este grupo interdisciplinario se convirtió en un barbecho de ideas radicales y experimentales que desafiaron y cuestionaron las estructuras académicas y culturales de la época. Y aunque es cierto que algunos le atribuyen a este enjambre de producción la autoría de vislumbres y teorías que ya existían, no es menos cierto que también lo fueron, puesto que rescataron producciones que de otra forma hubieran quedado en el olvido.

Lo que la CCRU logró fue un pensamiento que trasciende las fronteras tradicionales de los géneros, las especialidades y los saberes, fusionando teoría con ficción y filosofía con ciencias naturales (neurología, religión, bacteriología, termodinámica, metalurgia, teoría del caos y la complejidad, conexiónismo...). Pero quizás, su mayor osadía haya sido la de cruzar



las líneas de la razón y la sinrazón, el sentido y el fuera del sentido, desafiando los límites convencionales de la producción y composición, intelectuales.

Al cabo de unos años de funcionamiento, el discurso universitario forcluyó a la Unidad de Investigación Cibernetica. *No existió, no existe y no existirá* —sentenciaron las autoridades académicas. Motivados, quizá, por lo inadecuado de sus parámetros de legitimidad intelectual, pero también porque sus investigaciones ratificaron lo expulsado por la ciencia: la alianza entre la Universidad, la cibernetica y el Mercado.

El grupo continuó en funcionamiento bajo una cierta clandestinidad, hasta el año 2003. Durante su existencia se ocupó, entre otras cuestiones, de discernir que lo que transmite el lenguaje sintético no se limita al establecimiento de la viralidad: se expande hacia la artificialización de realidades hipersticionales.

II

La hiperstición y el lenguaje en estado viral se requieren mutuamente, puesto que no podría instalarse una verdad sintética sin la transmisión digital y su capacidad exponencial.

Lo que Sadie Plant, Nick Land, Luciana Parisi, Iain Hamilton Grant, Mark Fisher, Ray Brassier, Anna

Greenspan y otrxs aislaron terminó por convertir a la hiperstición en un método. Sus parámetros se corresponden, punto por punto, con las cualidades y los efectos de la palabra en estado viral, pormenorizados en este trabajo y en su precedente. Una coincidencia que ratifica las condiciones de legibilidad articuladas, pero de la que también se desprende que la verdad sintética fue leída, no sólo por quien escuchó sus consecuencias desde el oficio de analista, sino también por quienes mucho antes se dedicaron a sistematizarla, mientras, en apariencia, desconocían que estaban jugando con un arma potencialmente destructiva: el algoritmo.

Si Marx –como subraya Lacan y otros– al dar forma conceptual a la plusvalía, terminó por inventarla y fortalecer al capitalismo, la Unidad de Investigaciones Ciberneticas acabó por dar existencia a la hiperstición. Esto se debe, sobre todo, a que su estudio no se abocó a la crítica y, por tanto, no redundó en un comparecimiento causado por la articulación de su naturaleza, sino en su metodologización de existencia.

III

De acuerdo a la CCRU, el estudio y sistematización de la hiperstición requiere ser ejercidos a través de



una teorización minimalista, de modo de no alterar su desarrollo, conformado por conexiones.

La hiperstición, por su carácter eliminativo, o arrasante de la cadena significante, exige un acercamiento basado en un minimalismo emergente¹. Esta clase de minimalismo se corresponde con un procedimiento que combina los principios del minimalismo tradicional con la idea de flexibilidad y cambio, constantes. Puesto que, para instrumentar la hiperstición, es necesario abordarla priorizando lo esencial, evitando interferencias y reconociendo que es dinámica.

Los requerimientos de sencillez y apenas esbozo ratifican que este modo de la palabra y la realidad, en tanto se constituyen de elementos en sucesión sin anudamiento alguno, necesitan (para existir) repeler y deshacer lecturas, interpretaciones, metáforas y cifrados. Una evidencia que conviene tener presente, porque si hay un sitio donde ubicar al sujeto del inconsciente es entre significante y significante. Vale decir, en ese cronotopo donde se produce algún enlace factible entre S1 y S2.

1 Esto siempre y cuando, quienes se aboquen al tema tengan la intención y la voluntad de instrumentalizarla, de lo contrario conviene inocularla de letra y metáfora.



IV

Una de las claves que la CCRU aisló para metodologizar la realidad sintética es la noción de “portador”. La cualidad medular de esta entidad, en sí misma, cumple con la exigencia de ser lo más laxa posible para no impedir la propagación y fuerza del circuito con su peso. Los portadores, en ningún caso, son ni pueden ser sujetos hablantes, personajes, agenciamientos ni avatares; son instancias desidentificadas.

Un portador sólo vehiculiza la viralidad sin tener que estar referido a parámetros estéticos, anhelos o intereses. Para evitar su detenimiento y destrucción, esta relación a la verdad requiere de un coro de títeres no catalogados ni cualificados, de ningún modo singularizados.

Los circuitos de portación son frágiles, lineales y no deben cargarse con nada externo; de lo contrario, se convierten en entidades ficcionales. Si bien la hipersistencia se nutre de la ficción, también requiere de un mínimo, en tanto la realidad ficcional se sostiene de un entramado concatenativo y, entonces, de un modo de transmisión donde el lenguaje inmixiona los cuerpos de carne y hueso, y éstos, a su vez, libidinizan las existencias virtuales del deseo, dotándolas de vitalidad.

La noción de “portador” tampoco coincide con la de figura, autor o cualquier otra función semejante. La identificación ligada a tal pseudoidentidad requiere de





la máxima ilocalización posible: *ellos, alguien, se desconoce, no se puede saber quién, las fuerzas del cielo.*

Esta identidad, por más vaga y difusa que sea, al mismo tiempo actúa como sumidero donde descargar todo aquello que ralentiza y amenaza la continuidad de la hiperstición. El portador es una apariencia volátil y un chivo expiatorio, pero ante todo: un transportador (*carrier*) del producto de la verdad sintética.

V

La hiperstición se parece a un *hype*. El “*hype*” es un término en inglés que se refiere a la promoción o publicidad excesiva de algo. Se aplica a productos, servicios, eventos, tendencias, campañas, etc.

El *hype* es creado por los medios de comunicación, las redes sociales, los *influencers*, las empresas y, recientemente, por algunos gobiernos. Su objetivo es provocar emoción, indignación, expectativa o interés en una audiencia específica.

VI

Nick Land entiende a las hipersticiones como “circuitos positivos de retroalimentación que incluyen



a la cultura como componente. Pueden ser definidas como la (tecnociencia) experimental de profecías autocumplidas. Las supersticiones no son más que creencias falsas, pero las hipersticiones –por su existencia como ideas– funcionan causalmente para crear su propia realidad”.

La hiperstición es una producción semiótica liberada al máximo posible de seres hablantes, que se hace real a sí misma. Se diferencia de la ficción porque en ésta hay que creer, mientras que en la realidad hiperstancial, no; por el contrario, colabora en su proliferación y eficacia que en ella reine una acreencia.

Es tan pasmoso como innegable el hecho de que no sea necesario creer en lo que se sobreexpone a través de los circuitos del tecnoceno: *Eso existe, incluso frente a la incredulidad de millones*. Y, probablemente, se reproduce a mayor escala si la reacción que suscita es la de lo inverosímil, si quienes asistimos a su realización nos preguntamos, *¿esto puede ser cierto?* Si permanecemos pasmados ante el fenómeno, sin tomar cartas en el asunto.

Se hace cada vez más evidente que forma parte del procedimiento hiperstancial instalar que cualquier cosa podría suceder, porque cuando en la concepción de nuestro hábitat simbólico nos figuramos que incluso lo inconcebible podría ser, lo es; y, entonces, acontece lo que se juzgaba increíble.





Una hiperstición es una profecía autocumplida a fuerza de *hype*. Una realidad sintética que rompe el velo de lo imaginario a partir de una rasgadura homóloga a aquella por la que surge la angustia cuando se cuela lo que debería sostener la imagen. Pero más violenta aún, porque por aquí no sólo irrumpen lo que suscita lo siniestro, sino también una verdad *prêt-à-porter*.

Esta desgarradura ocasiona lo extraño en lo familiar y lo familiar en lo extraño, y trae a nuestro *umwelt* una disrupción que horada la cotidianidad hasta trocar una realidad por otra, o imponer una nueva que convivirá en paralelo con la precedente pese a sus contrariedades. Supone algo más que una atmósfera extrañada; implica la alteración de la ley de la palabra, partiendo del hecho de que el efecto parece hacer a la causa.

La movilización del *hype*, entendido como una incredulidad positiva, diseñada para poner en cuestión, o mejor dicho destruir, concepciones instaladas y potenciar mutaciones, provoca que las hipersticiones adquieran la capacidad de efectuar cambios impensados. Pero la fuerza que motoriza estas revoluciones es la que se desprende de las distopías, puesto que este modo de la realidad no es producto de los anhelos, sueños y deseos sino de una construcción por fuera de lo que puede concebir el sujeto del inconsciente y el sujeto de lo comunitario.



Quienes manipulan la verdad sintética explotan los mecanismos de la hiperstición para construir nuevos terrenos semióticos que desmantelan estructuras sociales mediante la producción experimental de cuerpos de lata y cuerpos devenidos autómatas, en conexión.

VII

Discrepo con los modos de definir la hiperstición que incluyen el término *colectivo* como el elemento que terminaría por convertir la verdad sintética en verídica. Nick Land es más preciso cuando dice que la hiperstición comprende a la cultura como componente. Esta palabra –lindera con otras como *terminal*, *transportador*, *gadget*, *letosas*, etc.– expresa que en tal dimensión la cultura no se corresponde con lo colectivo. Muy por el contrario, si tenemos en cuenta que quienes reproducen y acrecientan la hiperstición funcionan como mandíbulas autómatas, es un contrasentido que se sostenga que lo que compone tal materialidad es un término que entraña algún lazo entre seres hablantes.

VIII

Un ejemplo paradigmático de hiperstición digital es el caso de Slenderman, un objeto que nació como





creepypasta en los foros de Internet y se transformó en real desde el momento en que dos nenas de 12 años, del estado norteamericano de Wisconsin, acuchillaron de 20 puñaladas a una compañera de colegio con la intención de asesinarla, en el año 2014. Cuando las interrogaron por el motivo, testificaron que Slenderman se les había presentado asegurándoles que si querían vivir en su mansión del bosque y ser sus sirvientas, tenían que matarla.

La hiperstición suele irrumpir a través del horror, en esta ocasión a partir de la actuación de estas nenas, que terminó por convertir un objeto verosímil en un objeto verificable. Aunque existen muchos otros ejemplos de cómo, a partir de sacrificios humanos, la verdad sintética ingresa al mundo de la materialidad concreta de los cuerpos de carne y hueso.

No es casual ni contingente que las fatalidades realicen la hiperstición y así muestren las diferencias abismales entre la llamada hiperstición literaria y la digital.

IX

Es urgente distinguir entre una hiperstición en tanto verdad sintética y la hiperstición como recurso literario, aunque tanto los digitadores del tecnoceno y lxs escritores las homologuen. Porque si bien es



cierto que ambas coinciden en los procedimientos, lo que las distancia, incluso hasta contrariarlas, es lo que legitima a una y a otra.

La hiperstición literaria, pongamos el caso del libro *Necronomicon*², está sustentada por la tradición que implica en sí misma la literatura; la ruptura que Lovecraft produjo con su innovación; la complicidad de un grupo de lectores; una temporalidad cronológica y genealógica; la multiplicidad de otros autores que continúan aumentando la fiabilidad de su existencia con datos certeros, y, sobre todo, por el urdido comunitario.

Este urdido se da a escuchar mejor atendiendo al modo en que Benjamín lo describe en *El narrador*. La narración (o la ficción) se apoya en que uno contó que otro contó que otro contó que otro..., descendiendo tan atrás en el origen del relato hasta que la primera voz que narra es la de un animal, la de un vegetal y, por fin, la de la naturaleza del lenguaje. Lo que se dice posee probidad, no por estar sustentado en hechos acaecidos, sino en hechos discursivos que encuentran su legitimidad en el urdido mismo. Quien allí habla es un hilo más que se entrelaza en la palabra, por lo que su huella queda plasmada en lo dicho. Tal modo de transmisión no supone una verdad de la que se parte, sino una

2 El Necronomicón es un grimorio ficticio ideado por el escritor estadounidense H.P. Lovecraft (1890-1937), uno de los maestros de la literatura de terror y ciencia ficción.





verdad a la que se arriba gracias a una comunidad que agencia humanos (vivos, muertos y aún por nacer), no humanos y a la naturaleza.

La hiperstición sintética, en las antípodas de la literaria, se legítima en la exponencialidad y aceleración de los flujos algorítmicos reproducidos por letosas y seres hablantes en estado de autómatas, y, por tanto, impulsados a alguna acción que tal vez termine por consistir tal o cual realidad.

Los circuitos del lenguaje viral implican una trayectoria insostenible para la existencia humana, dando por resultado una creación espeluznante, fuera de una dimensión simbólica encarnada. Esta particularidad merece atención, ya que permite discernir entre los efectos de la *weird fiction*, el gótico y la hiperstición; es decir, entre el horror escrito o estético y el horror reproducido por algoritmos que incitan a cometer asesinatos, aniquilaciones o votaciones electorales en contra de los mismos ciudadanos que sufragan.

La verdad sintética elude cualquier orden de pacto y complicidad, mientras al mismo tiempo invoca a los cuerpos de carne y hueso a ser poseídos por un lenguaje *Alien*. Estos cuerpos tal vez se lanzan al *acting* en procura de un posible modo de inmixinón, aunque fatal, con tal Ajenidad.

La hiperstición algorítmica se nutre de miedos y expectativas que moldean la realidad a través de



bucles de autocumplimiento. Es un proceso de “magia caótica” donde lo más temido se puede realizar. Y si bien es cierto que se compone de una microdosis de ficción, su fuerza se centra en una sobredosis de tecnología. Digamos que este modo de establecimiento de la realidad no es un producto de la “construcción social”: es “una conjuración” a la existencia por la aceleración, exponencialidad y reproducción del algoritmo.

IX

El proceso hipersticial de las entidades (tanto sintéticas como ficcionales) involucra la realización de la realidad; es decir, un pasaje de gradaciones en el que los potenciales y las virtualidades se materializan.

En ambas la escritura opera, no como una representación pasiva, sino como un agente activo de transformación y un portal a través del cual pueden surgir nuevas ontologías. Aunque, en el caso de la hiperstición literaria, esta transformación, no depende enteramente de la escritura, sino del tejido comunitario que, al libidinizar con anhelos y deseos y placeres y goces lo que la letra otorga con la fuerza de su virtualidad, propicia su realización.

En el caso de las hipersticiones sintéticas, en tanto la fuerza se asienta más en la expansión del *hype*

que en el pacto o la complicidad, el tejido comunitario queda elidido. Pero la elisión no redundar en una neutralidad, ya que su realización hasta la operatividad, depende de la estupefacción, la subyugación y la esclavitud de las poblaciones.

La ficción literaria suele contentarse con presentaciones plausibles, eficaces para instalarse como realidad, y celebra cuando los personajes adquieren más y más vida propia. Mientras que la hiperstición sintética renuncia deliberadamente al estado de representación plausible para operar directamente en el plano de una “guerra mágica”. De manera que donde el realismo reproduce el programa de realidad dominante actual desde adentro, sin identificar nunca la existencia del programa como tal, los productores de hiperstición sintética buscan salir de los códigos de control para desmantelarlos y reorganizarlos.

Cada acto hipersticial es una acción beligerante en una guerra donde multitudes de hechos son movilizados por los poderes de la ilusión. Incluso el realismo representativo, aunque desconociéndolo, participa en esta contienda, colaborando con el sistema de control dominante al respaldar implícitamente su pretensión de ser la única realidad posible y obviar su propia artificialidad.



X

Tom Peddit considera a Slenderman un hito que marca el cierre del “Paréntesis de Gutenberg”, período comprendido entre la invención de la imprenta y la difusión de la *Web*. Según este profesor de la Universidad del Sur de Dinamarca, durante tal período, las historias, codificadas en medios discretos, retornan a formas de narración más atávicas, similares a la tradición oral y los cuentos de fogata. De modo que, tanto hoy como antaño, la misma historia se reinterpreta y redifunde por distintos narradores, expandiéndose y transmitiéndose.

Sin embargo, esta perspectiva ignora la transliteración de lo continuo a códigos discretos, un proceso que define lo que Nick Land denomina *Teleplexia*: la compresión del tiempo y el espacio en instantáneas digitales. Este fenómeno genera una sensación de hiperconexión y simultaneidad, pero también un daño y ruptura del lazo con los otros y con el tiempo.

La digitalización, al fragmentar la experiencia en unidades discretas, produce una simulación de continuidad que paradójicamente intensifica la desconexión y el aislamiento. Si bien Slenderman puede interpretarse como un retorno a la narrativa oral, su existencia digital lo enmarca en la lógica de la teleplexia, donde la fragmentación y la instantaneidad redefinen la experiencia temporal y la interacción social.





XI

A pesar de las diferencias inexcusables entre la verdad sintética y otras sustentadas en tejidos comunitarios, también es necesario reconocer que, así como el lenguaje en estado viral exhibe que nada garantiza que estemos hablantes, la hiperstición digital expone lo irrisorio del pensamiento humano y el carácter provisional de toda realidad. Asimismo, muestra que cualquier clase de realidad, o bien se ombliga, o bien se implanta, en campos semióticos que determinan respuestas perceptuales, afectivas y de acción.

Los miembros de la CCRU subrayan y parodian el carácter artificial de toda construcción simbólica, pero ignoran, o evitan reconocer, que la hiperstición, al prescindir de los seres hablantes, genera realidades potencialmente perjudiciales para nosotrxs mismos. Esta posición ética se sobre evidencia cuando exponen que la hiperstición maximiza las ventajas del robot y del psicópata, librando una guerra contra el pensamiento humano³.

Los productores de esta subjetividad sintética, imposible de subjetivar, advirtieron, tanto como el psicoanálisis, el carácter ficcional de toda realidad. Pero

³ Una aclaración aledaña al respecto de esta aparente contrariedad de intensiones –la renegación de los efectos performativos del contenido y la aparente confesión–: la palabra en estado viral se caracteriza por expresar lo que ningún moralista ni hipócrita dirían, mientras que, en proporción a su aparente autenticidad, no se responsabiliza del horror que produce.



aquellos exacerbaban y forcluyen el asidero Real de la probidad, puesto que aislar la dimensión simbólica permite la implantación de la hiperstición, y entonces la tiranía. Una tiranía que, en su escalada de poder, se ocupa de homologar y equiparar la realidad sintética a la colectiva, en una campaña discursiva de difamación y fragilización de esta última.

El destino intrínseco de la hiperstisión es demostrar o tratar de desnudar que el pensamiento humano es un fraude y supone una indulgencia absurda –escribe el enjambre CCRU. Habrá quienes consideren esta afirmación como el berreo de niñatos europeos, que en la cúspide del academicismo mundial de la filosofía se dieron el lujo de ejercer cierta rebeldía ante aquello que los engendró discursivamente. Pero, estando al tanto de que sus experimentaciones y producciones excedieron la mala conducta de un grupete de alumnos universitarios, hasta el extremo de que algunos de ellos se transformaron en los ideólogos de la guerra contra el paradigma ilustrado en nombre de la contrailustración oscura, hay que tomar la oración al pie de la letra. Más aún porque, al comparar la hiperstición con la ficción, sólo subrayan algunos rasgos compartidos, pero no admiten dónde se asienta el sustento de esta otra forma de veracidad: en un tejido (que no es el de la Red del lenguaje-del-Afuera).





Hay tejidos y tejidos





I

Ante el acontecimiento de que las más nueva de las letosas instrumenta el carácter artificial de toda realidad e ignora aquello con lo que arrasa –lo colectivo– es crucial discernir entre dos clases de tejidos. Cada uno de ellos se apoya en materialidades que auspician de soporte, otorgando un modo u otro de probidad. Asimismo, se diferencian a partir de que urden y traman por medio de enlaces o establecen conexión de sucesión y, por consecuencia, lo hacen en una temporalidad humana o por fuera del tiempo, respectivamente.

Los humanos de antaño extrajeron de los troncos de coníferas fibras con las que inventaron el cordel. Con estos cordeles ataron piedras filosas a los mangos y crearon hachas y lanzas. Unir una cosa con otra, a partir de un anudamiento, es lo que motiva que algunos antropólogos llamen a la Edad de Piedra la Edad del Cordel.

Los incas usaban los nudos para escribir, contabilizar y conservar la memoria. El *quipu* fue utilizado en los censos, el conteo de las cosechas y en el comercio, también lo fue para transmitir relatos y poemas. Cada uno de sus hilos son unidades semánticas con ocho millones de combinaciones posibles de cuerdas, enlaces y colores.

El nudo y la trama son la primera gramática que existió.



La historia del hilado, a diferencia de otras artesanías, se desarrolló a través de una acumulación gradual de inventos y descubrimientos, gracias al esfuerzo colectivo de innumerables personas a lo largo de milenios.

El tejido artesanal y el tejido comunitario son isomórficos, de la misma manera que el lenguaje en estado viral es inseparable de la hiperstición.

II

Sin embargo, en *Los telares del futuro: las mujeres tejedoras y la cibernetica*, Sadie Plant establece una relación entre el tejido y la informática.

La Máquina Analítica que Charles Babbage diseñó en colaboración con Ada Lovelace, en 1830, se inspiró en el funcionamiento del telar de Jacquard. Este tipo de telar automatizó los patrones más complejos y ancestrales en la fabricación de brocados, a partir de la utilización de unas tarjetas perforadas que lograron reproducir el proceso original del telar, prescindiendo de las manos de las tejedoras.

Un telar de Jacquard alberga 24 mil tarjetas perforadas y teje alrededor de mil hilos de seda por pulgada. Este artefacto consiguió, además, trasladar buena parte del control artesanal a la máquina, de



modo que bastó una sola persona para operarlo y supuso el ahorro del tiempo. Babbage entendió que esto implicaba una gran capacidad para almacenar y procesar información rápidamente.

La máquina analítica teje patrones algebraicos, tal y como el telar de Jacquard teje flores y hojas –escribió Ada Lovelace. La afirmación no es una metáfora, ni quiso serlo; es una descripción de las funciones que aquella máquina podía desarrollar, y efectivamente desarrolló.

Ada –hija de Lord Byron y la matemática Anna Isabella Noel– escribió el primer algoritmo y se convirtió en la primera analista, cuando entendió que Babbage se había estancado en sus progresos por no distinguir los datos del proceso. Así fue que dedujo y previó la capacidad de los ordenadores para ir más allá de los simples cálculos de números, mientras que otros, incluido el propio Babbage, se centraron únicamente en estas capacidades.

III

Cabe conjutar que el telar manual –cuyo funcionamiento consiste en cruzar los hilos longitudinales, llamados urdimbre, con los verticales, denominados trama, de modo que al pasar la urdimbre por encima y por debajo de la trama resulta el tejido– mima la





inteligencia de los tejidos comunitario y artesanal a través del soporte de otra materialidad.

No es casual que Walter Benjamin, en *El narrador* –el texto con que inició este recorrido–, escribió: “Narrar historias siempre ha sido el arte de seguir contándolas, y este arte se pierde si ya no hay capacidad de retenerlas. Y se pierde porque ya no se teje ni se hila mientras se les presta oído. Cuanto más olvidado de sí mismo está el escucha, tanto más profundamente se impregna su memoria de lo oído. Cuando está poseído por el ritmo de su trabajo, registra las historias de tal manera, que es sin más agraciado con el don de narrarlas. Así se constituye, por tanto, la red que sostiene al don de narrar. Y así también se deshace hoy por todos sus cabos, después de que durante milenios se anudara en el entorno de las formas más antiguas de artesanía”.

Sin embargo, por mucho que el telar automático y el ordenador hayan tomado del saber-hacer del tejido artesanal y de su lógica nodal sostenida, no habría que olvidar que el tejido sintético prescinde al máximo de las personas. Cuanto más se establece, liberado de la injerencia del tejido comunitario, más atenta contra el ser hablante y sus entramados comunitarios. Y no sólo porque un puñado de multimillonarios exploten el lenguaje sintético en beneficio propio, ni porque tomemos a la Red de la transmisión digital como nuestro *doppelganger* por excelencia, sino porque es inevitable que el estado viral del lenguaje y su



producto, la hiperstición, entren en conflicto con el lenguaje que marca y con el tejido social.

Mientras que en el centro del tejido sintético está la hiperstición como producto de la tecnología, para las comunidades tejedoras es igualmente importante nutrir las relaciones existentes entre quien produce, lo que produce, cómo lo produce y para quién lo produce.

Retomando el sentido del párrafo de Benjamin, no es lo mismo un tejido cuyas técnicas manuales, transmitidas de generación en generación, auspician el olvido del yo pero no la huella del sujeto, que un urdido que procesa su lenguaje en un tiempo suprahumano y entonces, elimina toda inscripción inconsciente, incluso la del trazo de la identificación de sujeto.

El tejido propio de la hiperstición prescinde del tejido comunitario, como el lenguaje en estado viral prescinde de un sujeto responsable de su decir.

IV

Los sueños, los actos fallidos, el chiste y el síntoma nos acercan al entramado del saber no sabido. Freud, de algún modo, estaba de acuerdo con el párrafo citado del *El narrador*, incluso llegó a decir algo semejante cuando advirtió que las tareas, donde





el cuerpo lleva a cabo la coreografía de su saber, facilitan la presencia de pensamientos inconscientes. Aunque tal vez, esta pulsación del saber no sabido se deba, más que a la relajación de las defensas de la conciencia, a que en tales actividades se tiza el entramado de la memoria ancestral de la que deviene, por consecuencia, aquella clase de sujeto que sueña con el padre muerto según su deseo.

En las formaciones del inconsciente también participa una comunidad, como lo da a escuchar el chiste en su máxima expresión; de hecho, Lacan aclara que el *sujeto de lo individual es el sujeto de lo colectivo*. Pero nos equivocamos si pretendemos reducir el tejido comunitario a otra formación del inconsciente o a la expansión del inconsciente hacia lo colectivo.

Quizá sea más conveniente reconocer el tejido comunitario en aquello que, en el seminario de *La ética*, Lacan llamó “totalidad del Logos”. Un sintagma compuesto para designar a la comunidad soportando la dimensión simbólica. No obstante, Lacan utilizó esta designación para referirse específicamente a la participación de los otros en los rituales del duelo, mientras que el tejido comunitario, aunque presente en estos rituales, los trasciende ampliamente.

Nada expresa mejor el tejido al que me refiero que la *communitas* de los vivos, muertos y aún por nacer. Con una salvedad: entender que los muertos son las mismas entidades que alguna vez estuvieron



vivas dificulta la comprensión de esta inteligencia, como también lo hace la concepción que sostiene que aquellos que aún no llegaron a este mundo todavía no existen.

Berger, en *Doce tesis sobre la economía de los muertos*, propone considerar a los vivos como podríamos pensar que lo hacen los muertos: de manera colectiva. Es decir, a través de un hilvanado que se extendería en el espacio y a lo largo del tiempo, y que incluso llegaría a un futuro que de alguna forma ya palpita en el presente.

Es necesario figurar el tejido comunitario, además de como el urdido en el que se asienta la probidad de la transmisión oral y del saber no sabido del inconsciente, como otro modo de la cadena significante. Como multiversos encarnados en las generaciones sincrónicamente dispuestas. Como una trama que se tiza de malla en malla y de nodo en nodo, donde cada quien es una singularidad trascendida por el pasado y el futuro y donde cada uno cuenta y es contado en trazas y retrazas incontables. Donde una red, en la que cada punto distinto de los demás, incluso de los más cercanos, se sitúa por el lazo a los otros en un espacio que los reúne y los separa al mismo tiempo.





V

Un ejemplo de la incompatibilidad y pugna entre el tejido comunitario y el tejido sintético puede apreciarse en algunos espacios *Web*, devenidos cuevas reducto de libertarios eugenésicos que aspiran a gobiernos neo-cameralistas; manejados por corporaciones, con políticas económicas anárquicas y conducidos por CEOs que, en una búsqueda por lograr una suerte de “superhombre tecnológico”, podrían ser integrados a una Inteligencia Artificial, al fin posibilitadora de un Gobierno sin fallas.

Un conjunto de ideas que comprobamos que no son tan irrealizables puesto que en algunos círculos corporativos californianos toman fuerza y en Argentina están tratando de ser implementadas por un Gobierno de libertarios que surgió, precisamente, gracias al poder de la transmisión digital.

La ingeniera de Google, Justine Tunney, hizo circular una petición para designar al presidente de la compañía, Eric Schmidt, CEO de América. La propuesta fue parte de un pedido de *referéndum* al entonces presidente estadounidense, Barack Obama, e incluía transferir la autoridad administrativa del Estado a la Industria Tecnológica y jubilar a todos los empleados del Gobierno.



Javier Milei se ocupa de comunicar, cada vez que tiene oportunidad, que el Estado es una organización criminal y que él, quien ocupa el cargo y la investidura del Presidente de la Nación, aparentemente votado por una mayoría ciudadana, es en verdad *un topo* que hará lo posible para destruir esta instancia, porque limita el progreso del Mercado.

Entonces: ¿Justine Tunney y Javier Milei son portadores o, quizá, terminales privilegiadas de una hipérstesia que los digitadores del mundo se encargan de envasar y distribuir como el más moderno experimento ideológico/político/cultural?

No es casual ni aleatorio que la neo-derecha proponga el reemplazo del tejido colectivo por el tejido algorítmico. Se trata del modo actual –limpio, rápido y eficaz– de deshacerse de las personas a partir de la aniquilación de los lazos.

VI

El tejido sintético también expone que los lazos de la comunidad, tanto como el sujeto del inconsciente, no existen con antelación, que se constituyen cada vez –si se constituyen– a partir de una práctica iterada, porque los cordeles anudados entre cada una de





sus entidades, humanas y no humanas, pueden ser obviados, arrasados, dados por supuesto y, lo que es peor, abandonados a la sustitución de este otro tejido propio del algoritmo⁴.

VII

Para tejer un *jean* se necesitaban diez kilómetros de hilo; para tejer una sábana, eran requeridos doscientos cincuenta kilómetros y para tejer una vela de un barco, una hilandera debía hilar ocho horas al día durante trescientos ochenta y cinco días.

Los modelos de lenguaje de inteligencia artificial (IA) más avanzados llegan a producir miles de palabras por minuto. Considerando un promedio de 250 palabras por página, un relato de 500 páginas tendría 125,000 palabras. Si la IA genera texto a una velocidad de, por ejemplo, 2,000 palabras por minuto, podría completar un relato de 500 páginas en aproximadamente: 125,000 palabras/ 2,000 palabras por minuto = 62.5 minutos. Por lo tanto, la IA más rápida podría escribir un relato de 500 páginas en poco más de una hora.

⁴ Reconocí a necesidad de no dar por supuesta la comunidad después de leer *Ecologías insumisas*, de Mauricio González González.



Necesidad de nuevas excrituras



I

No busco alimentar la dicotomía entre el paradigma ilustrado y la palabra en estado viral, ya azuzada por los representantes de ambos movimientos. Una posible solución a este binomio de incompatibilidad⁵ tal vez resida en reconocer los aspectos de la ilustración que, al haberse vuelto decadentes y faltos de vitalidad, tampoco auspician el pensamiento sustentado en el lazo social ni en la inscripción inconsciente, sino que facilitan la transición hacia el paradigma de la Ilustración Oscura, puesto que ésta promete acabar con viejas exasperaciones: el culto al autor, las jerarquías, el poder arbitrario de las instituciones, la reproducción de ideas anquilosadas...

Los integrantes de la CCRU, aunque brindaron un camino para evitar y destruir la complejidad de las articulaciones, también auspiciaron la invención, la creación y la novedad, a través de una escritura y un proceso compositivo que aún desafía los protocolos, fórmulas y normas establecidas.

Al leer los textos de Nick Land, Sadie Plant y otros, donde se entrelazan ficción y teoría, se experimenta la incomodidad e inseguridad de abandonar un lugar de pertenencia, pero también el placer de pensar

⁵ Aunque “escribir binomio de incompatibilidad” es suavizar la verdadera oposición explícita y explicitada entre dos modos de la subjetividad que, entiendo, son opuestos pero como todo binarismo, comparten necedades.



objetando los géneros literarios, el lenguaje técnico y los parámetros de cada campo. Pero, ante todo, se comprende que este camino no se encuentra minado de lo anterior como obstáculo ante el porvenir.

II

En tanto coetáneos de una epocalidad, podemos contribuir a alguno de estos paradigmas en pugna, incluso a ambos, sin advertirlo. En plena irrupción de nuestra actualidad se hace difícil distinguir a quienes gozan de una vocación de destrucción y de la mortificación del conservadurismo, de quienes inoculan en *Eso* que clama conexión incesante, lazos, articulaciones, nodos, relaciones; en fin: pulsión de vida.

Cuanto más perturbador se vuelven los mundos, cuanto más negativizantes y turbulentos se tornan, más necesario es acercarse al horror. Parece no haber otra forma de metabolizar los objetos hipersticionales en objetos ficcionales, que ingresando en ellos para sellarlos con la función de la letra.

Es difícil identificar a los miembros de la CCRU, en términos de política de derecha o izquierda. Sus ideas y proyectos, ya desde aquel entonces, abarcaron un amplio espectro ideológico, de modo que su legado sigue siendo foco de interpretación y debate. Nick Land puede ser asociado con ideas de la Nueva

Derecha y la Ilustración Oscura, en tanto cuestiona las estructuras políticas y sociales tradicionales, a veces desde una perspectiva factible de ser identificada como anti-igualitaria y sectaria. Sadie Plant y Mark Fisher se identificaron con corrientes de pensamiento de izquierda, como el feminismo, el marxismo y la teoría crítica, en tanto se preocupan o preocuparon por cuestiones de justicia social, desigualdad y emancipación. Aunque, tanto en uno como en otrxs, es posible leer producciones que podrían propender hacia el paradigma de la Ilustración Oscura, pero también hacia lo que propongo como una tercera posición: la palabra encarnada.

III

El crecimiento de la ficción especulativa, particularmente de la ciencia ficción, el *new weird*, el *cyberpunk* y la distopía, es proporcional a la exponencialidad del estado viral del lenguaje y la realidad sintética.

Escribí al final de *Mandíbulas autómatas. El estado viral de la palabra y los huéspedes precarizados*, que necesitamos de la poesía, el psicoanálisis, la literatura, la filosofía y toda acción que nos devuelva la materia de la metáfora –una materia que sólo está disponible cuando el lenguaje se inmixiona–: lo



reafirmo. Pero, luego de este recorrido, el campo de significancia lleva a incluir a cada uno de estos oficios bajo el término *ficción*.

Los artífices de la hiperstición, si algo instrumentan es el poder de la ficción –en cada una de sus modulaciones, inclusive en su versión de superstición–; pero de lo que parecen ser más conscientes es de su capacidad anticipatoria. Roman Jakobson estableció seis funciones del lenguaje: referencial, emotiva, conativa, fática, metalingüística y poética. La séptima función del lenguaje –que carece de nombre–, según el libro homónimo de Laurent Binet, permitiría convencer a cualquier persona para que haga cualquier cosa en cualquier situación; quien poseyera la clave, tendría un poder sin límites: podría hacerse reelegir en todas las elecciones, provocar revoluciones, sublevar a las masas, seducir a todo el planeta, apropiarse de toda la tierra y, ¿por qué no?, programar verdades hiperstacionales.

Considero, sosteniendo lo que afirmo con toda la gravedad de la que soy capaz, que quienes somos herederos del paradigma Ilustrado, lo reconoczamos o no, menospreciamos la fuerza de la ficción. Nuestra renuncia a este poder ancestral ha sido tan profunda que los arquitectos de la hiperstición, esos tejedores de realidades sintéticas, se convirtieron en los nuevos magos de la era digital con sólo emplear mínimas dosis de esta función del lenguaje, amplificadas por la maquinaria *hype*.

La potestad se ve aún más acrecentada, no sólo por la exposición mediática constante a la que somos sometidos, sino también por los efectos de la sugerencia, explotados a través de las brumas de la superstición y el miedo, en los que decidieron agenciar su dominio estratégico.

De hecho, los demiurgos digitales hacen uso de la estética de la ciencia ficción para forjar sus propias realidades sintéticas. Escenografías que acercan la idea de futuros cargados de promesas, vestuarios que recuerdan nuestras series favoritas del Espacio y un discurso místico-tecnológico conforman un arsenal destinado a capturar la adhesión de un proyecto en el que no caben las personas.

Nos encontramos inmersos en una era donde la ficción, aún relegada a un segundo plano, desdeñada y desatendida por el academicismo, resurgió con una fuerza inusitada, manipulada por aquellos que comprenden su capacidad virtual y la utilizan para crear realidades sintéticas.

Carecemos de ficciones que estén a la altura del Real de nuestra época. Nos encontramos inmersos en un mundo convulsionado por cambios vertiginosos y contradicciones profundas, y, sin embargo, nuestras narrativas son incapaces de una gramática de la transformación.



Estamos urgidos de nuevas utopías, de historias que nos permitan vislumbrar otras formas de existencia. Necesitamos narrativas que nos sacudan de nuestra complacencia y nos impulsen a construir otros existenciarios que los apocalípticos.

Las gramáticas de la transformación no surgirán de la industria del entretenimiento, obsesionada con la rentabilidad y la repetición de fórmulas. Pero tampoco podemos esperar que emergan de las formas de escritura tradicionales, ancladas en convenciones literarias que ya no resuenan con la sensibilidad contemporánea.

Es urgente que exploremos nuevos territorios, que demos voz a perspectivas marginadas y silenciadas.

IV

Somos testigos de un momento histórico comparable al advenimiento de la escritura. Pero la tecnología que hoy nos envuelve no se rige por el ritmo de la temporalidad humana –como lo hacían la transmisión oral o la ralentización y el vértigo que imprimió la letra–: avanza a una velocidad imposible de alcanzar.

El desfase se manifiesta en diversos ámbitos, pero uno de los más llamativos es el que se produce entre la teoría y la práctica, entre los discursos y lo que

acontece, entre las hipersticiones y cómo los articulamos y modulamos.

Tomemos como ejemplo los textos, tanto formal como informalmente institucionalizados, que suelen traducirse en géneros académicos: tesis, artículos, *papers*, trabajos de jornada, etc. En ellos, encontramos críticas a la ortodoxia, a la doctrina y a la jerga, o la defensa unánime de nuevas condiciones de legibilidad ante el cambiante estado de las cosas. Sin embargo, a la hora de pasar a la realización, la mayoría de las veces cedemos a la práctica habitual del comentario y al aplicacionismo, incluso allí donde cuestionamos la aplicación. Esta contradicción revela el innegable hiato que existe entre una teoría que concibe el texto como un producto acabado y delimitado, y un objeto nuevo, fluido y dinámico.

Si bien un aspecto de este desfase puede atribuirse a la hipocresía y la conveniencia políticas, inherentes a los espacios de pertenencia, la dificultad también radica en limitaciones estructurales. Somos parte de un sistema que premia la producción de textos tradicionales y castiga la experimentación, que valora la erudición por encima de la innovación, que perpetúa las jerarquías en lugar de fomentar la colaboración y el intercambio genuino de ideas.



V

Los integrantes de la CCRU tomaron y recrearon otro modo de escritura, seguramente motivados por la desfilada teoría académica, por los poderes proféticos que conlleva y también por el desprecio hacia cualquier forma establecida. Una de las maneras, para recuperar la materia de la metáfora y la ficción, quizás sea tomando algo de tal modo de escritura: la teoría-ficción.

La teoría-ficción es la intersección entre teoría y ficción, pero también la disolución de la propia oposición. Bajo esta forma, la teoría es derribada de su pedestal, se afirma el poder real de la ficción y ambas son liberadas de las altas formas de la academia.

No creo que la teoría-ficción sea un género, es más bien una actitud (...). El mundo es tan caótico que ninguna teoría global puede pretender explicarlo. Entonces, es la propia forma la que se abre y resquebraja –dijo Simón Sellars.

La hibridación otorga la fusión de la rigurosidad conceptual de la teoría con la creatividad y la soltura narrativa de la ficción. Ensayos especulativos: Donde elementos narrativos y personajes ficticios se entrelazan con conceptos teóricos. Novelas filosóficas o científicas: Que exploran temas complejos y abstractos a través de tramas y personajes. Cuentos alegóricos: Que utilizan la metáfora y la simbología para transmitir, invitando al lector a participar en la



construcción de significado de manera activa. Obras de teatro experimentales: Que combinan el diálogo teórico con la representación dramática, desafiando las convenciones teatrales.

VI

Pero lo cierto es que una vez más los integrantes de la CCRU, se proponen o son propuestos como los inventores del agua tibia y no lo son (o no del todo). Freud y aquellos que lo siguieron, ya desde fines del 1800, compusieron ficción-teórica, a partir de una posición epistemológica y escritural distinta a la científico/académica. Aquí, algunos párrafos que transmiten tal emplazamiento respecto a los campos y a los géneros, de manera explícita.

Que el psicoanálisis no sea una ciencia, esto es obvio, es incluso exactamente lo contrario. Esto es obvio si pensamos que una ciencia no se desarrolla más que con pequeñas mecánicas que son las mecánicas reales, y a pesar de todo hay que saber construirlas. Es precisamente por eso que la ciencia tiene todo un costado artístico, es un fruto de la industria humana, hay que saber hacer allí. (Jacques Lacan, Palabras sobre la Histeria, 26 de febrero de 1977).

Cuando llamé primario a uno de los procesos psíquicos que ocurren en el aparato anímico, no lo hice sólo





por referencia a su posición en el ordenamiento jerárquico ni a su capacidad de operación, sino que al darle ese nombre me refería también a lo cronológico. Un aparato psíquico que posea únicamente el proceso primario no existe, que nosotros sepamos, y en esa medida es una ficción teórica; pero esto es un hecho: los procesos primarios están dados en aquel desde el comienzo, mientras que los secundarios sólo se constituyen poco a poco en el curso de la vida, inhiben a los primarios, se les superponen, y quizás únicamente en la plena madurez logran someterlos a su total imperio. (Freud, La interpretación de los sueños, 1900).

Para volver sobre el número, del cual puede sorprenderlos que yo haga un elemento tan evidentemente separado de la intuición pura, de la experiencia sensible, no voy a hacerles aquí un seminario sobre Foundations of Arithmetic, título inglés de Frege, al cual les ruego referirse porque es un libro tan fascinante como Crónicas marcianas, donde verán que no hay ninguna deducción empírica posible de la función del número (...). (Lacan, 28 de febrero de 1962).

Los espíritus mediocres reclaman una ciencia con un tipo de certeza que no podemos dar, una especie de satisfacción religiosa. Sólo las verdaderas mentes científicas, reales y raras pueden tolerar la duda, que está adherida a todo nuestro conocimiento. Siempre envidio a los físicos y matemáticos que se mantienen sobre una base firme. Yo me sostengo,



por así decir, en el aire. (Freud, carta a Marie Bonaparte: Jones, E. 1953).

Lo que sigue es especulación a menudo de largo vuelo, que cada cual estimará o desdeñará de acuerdo con su posición subjetiva. Es además un intento de explotar consecuentemente una idea, por curiosidad de saber a dónde va. La especulación psicoanalítica arranca de la impresión recibida a raíz de procesos inconscientes. (Freud, Más allá del principio del placer, 1920)⁶.

VII

Asimismo, es innegable que tras la efervescencia inicial del psicoanálisis y su posterior reinvencción, fuimos adaptando este discurso a formas que, poco a poco, resignaron la potencia de la ficción y exacerbaron el agotamiento de las teorías. Llegamos, por ejemplo, al extremo de interpretar el *Proyecto de una psicología para neurólogos* como el producto de un Freud científico, empeñado en extender el lenguaje técnico de la neurología a la psicología; un positivista obsesionado con descifrar los misterios del alma mediante conceptos de la biología, la física

⁶ Debo el recuerdo de este párrafo de Freud a Helena Maldonado, quien lo tomó para presentar su trabajo en Un viaje weird a los confines del psicoanálisis. Dislocaciones II, que tuvo lugar en la CDMX y fue organizado por E-dicciones Justine.



y la química; un caballero de bata blanca que dotó de neuronas y sinapsis a lo intangible. Sin embargo, hasta el más flexible de los epistemólogos afirmaría que en ese texto no habla un espíritu riguroso, objetivo y crítico; ni siquiera, aunque Freud hubiera tenido la intención de hacer neurología.

No propongo el psicoanálisis como la única salvación o salida ante la voluntad de aniquilación inherente a la transmisión digital. Al contrario, concebir el psicoanálisis como poseedor de todo el saber sobre el lenguaje nos acerca a los efectos de forclusión de la ciencia. Al hacerlo, construimos una globalidad que conocemos íntimamente gracias a nuestra vasta experiencia con el síntoma, el lalangue y *lamarencoche*. Sin embargo, esta misma comprensión nos aleja cada vez más de ese otro lenguaje que atenta contra la experiencia del inconsciente: el lenguaje sintético.

Si situamos al psicoanálisis en una posición lectora frente a producciones que ni siquiera existían en la época del seminario *La Disolución*, buscando recuperar la fecundidad de la teoría-ficción y reconociendo que aún estamos a tiempo de convertir este discurso en una de las alternativas ante la dicotomía Ilustración/Ilustración Oscura, tal vez podamos trazar caminos y gestos para interpretar nuestra época e intentar ejercer una acción curativa ante los males doctrinales contraídos.



XIII

¿Y si volviéramos a leer cada texto bajo el prisma de la teoría-ficción? ¿Qué tal si imaginamos una mano irónica que se deleita en mezclar los géneros, de modo que lo que hasta ahora consideramos novela se convierte en tratado filosófico; los Textos Sagrados, en ficción extraña, y el psicoanálisis, en ciencia ficción?

¿Acaso el *Proyecto de una Psicología para neurólogos* no se aproxima más a la ficción que a la ciencia? ¿No podríamos interpretar allí (o también) a un hombre que, con su formación, toma los significantes disponibles y amplía su significado aprovechando la maleabilidad del lenguaje?

¿No sería posible leer ese texto inaugural como una obra que escribe un desplazamiento en lugar de una restitución, que compone y sostiene un rodeo, un desvío, un movimiento donde el lenguaje es menos una totalidad cerrada sobre sentidos preestablecidos que una extensión abierta a la exploración continua? ¿Y acaso no puede ser leído también como un texto que pone en acto el derecho a no renunciar al delirio, a salirse de curso, y al mismo tiempo a exponer las condiciones que hacen viable el decurso mismo, demarcando las insistencias, los retornos, lo que se lateraliza?

¿*El Proyecto, Más allá del principio de placer, El yo y el Ello* y *Más allá del principio de placer*, no podrían ser leídos como una fantasía de carácter





científico o como una imaginación razonada? Y entonces, ¿no es factible interpretar que cuando Freud habla de neuronas, de energía ligada, de vías de contacto, de facilitación, de experiencia biológica, de maduración, está manipulando y siendo manipulado por aquello que Barthes llamó figura (extraños seres verbales que surgen en un acto concreto de leer, en un movimiento donde la fuerza, material y plástica, se expone en un pliegue singular)?

XIX

En el seminario de la *La Ética*, Lacan se pronuncia respecto de la ficción:

“*Fictitious* no quiere decir ilusorio, no quiere decir en sí mismo engañador [...] *Fictitious* quiere decir ficticio, pero es en el sentido en que, antes ya he articulado ese término; que toda verdad tiene una estructura de ficción. [...] Es en relación a esta oposición entre lo ficticio y lo real, que la experiencia freudiana viene a ocupar su lugar, pero para mostrarnos que una vez hecha esta división, esta separación, operado este clivaje, las cosas no se sitúan de ninguna manera allí donde se podría esperar; que la característica del placer, la dimensión de lo que encadena al hombre, se encuentra enteramente del lado de lo ficticio en tanto lo ficticio no es por



esencia lo que es engañoso, sino que es, hablando propiamente, eso que llamamos lo simbólico”.

Aunque la concepción de ficción para Lacan, suponga desde el vamos la no dicotomía entre ésta, la realidad y la verdad, el problema de la afirmación “la verdad tiene estructura de ficción”, es que en el campo de significancia de nuestra epocalidad, en la que tiene lugar la verdad hipersticial, no siempre puede ser dada por válida. Lo que quizá se escucha mejor si se invierten los términos: la ficción tiene estructura de verdad.

Es probable que por haber asistido, como nosotros aquí, a la escucha de distintas formas de relación entre la ficción y los cuerpos de carne y hueso, Lacan, tiempo después, se haya visto necesitado de articular otro estatuto de la verdad. Uno que no reduce la realidad a una implantación ni al poder de las imposiciones.

En *El atolondradicho*, introduce el concepto de “doxa”, originario de Parménides, que significa “vía de la opinión verdadera o vía de la verdad”, para extraer un nuevo sentido. Así, entrelaza el psicoanálisis con ideas anteriores a la ciencia, expresando que la verdad no se basa únicamente en el conocimiento o la razón, pero tampoco en la ficción como únicamente simbólica. Por lo que designa a la verdad como “fixión”, escrita con X, para enfatizar su relación con la doxa y, a través de la función de la letra, con la fijación: *Fixierung*.





El punto pues es la opinión que puede ser dicha como verdadera porque el decir que le da la vuelta la verifica en efecto, pero sólo puede ser el decir la que la modifica al introducir la doxa como real –aclara.

Y para dar cuenta de que el psicoanálisis, en tanto teoría-ficción, no tendría que ser una excepción, continúa diciendo que aquello de su enseñanza que “no es enseñable”, lo hizo matema; es decir, lo fijó por la vía de la letra, “lo aseguró con la fixión de la opinión verdadera, fixión escrita con x, pero no sin recurso al equívoco”.

La *fixión* puede pensarse en el sentido de la fijación: a partir de aquello que, ya no es correlativo del placer, sino de una marca de goce que origina un punto de asidero. Una “reparación”, un “*to fix*”, una inmixión, en el cuerpo real, de la que deviene un ser hablante.

A partir de esta nueva escritura, Lacan, preforma y conjura a la existencia una fixión que conlleva la marca, el goce y el sujeto como efecto. Sin saberlo del todo cifra la fórmula para inocular la verdad sintética, revelando que una realidad sólo se asienta en los cuerpos a partir de la marca que le confiere una orientación real y, a la vez, la inscribe en el lazo social.

Pero, advirtiendo el riesgo de creérsela, aporta una apertura adicional: ahí donde podríamos considerar la fijación como otra verdad tirana, añade que todo esfuerzo por estructurar una materia es un delirio.



Es una construcción, “*materalmente*” sustentada sobre ese soporte, que al igual que como se sustentan las construcciones en análisis, es un delirio guiado por lo real de la fijación.

Bajo esta lógica, la verdad es la eficacia de una escritura que hiende lo real. Allí radica su verificación y probidad, en ese socavado que se amalgama a la fijación y que, en ocasiones, conforma un laberinto de ombligos llamado *colectivo*. En este sentido, si la construcción ficcional toca lo que al mismo tiempo inventa, funciona. Anda, sin mayores sacrificios, aunque siempre pueda ser disputada por los regímenes de visibilidad, éxito y popularidad.

X

La teoría fixión tiene la ventaja de volver sobre el supuesto del saber y entonces sobre el sujeto-supuesto-saber. Otorga la posibilidad de tener presente que, desde las matemáticas, al poema, a la física cuántica y al psicoanálisis, no hacemos más que ficcionar.

Considerar lo ficcional en lo teórico y lo teórico en lo ficcional, suelta de amarras y forzamientos tanto en la lectura como en la escritura. Facilita el reconocimiento de que todo saber es un invento y que toda teoría es un delirio. Ofrece, ya no teorizaciones monofónicas, sino el movimiento de un pensamiento en





su constitución; un pensamiento infiltrado de fantasmas, sueños y enunciados contradictorios. Desborda las oposiciones dualistas (mente/cuerpo, material/inmaterial, sujeto/objeto, objetivo/subjetivo), sin por esto aplastar su heterogeneidad, sus diferencias de planos, de ritmos, en una gran homogeneización. Nos recuerda la existencia de los pensamientos inconscientes. Permite negarnos a proponer afirmaciones unívocas. Nos devuelve la autenticidad de no siempre poder y tener que defender lo que escribimos. Propicia considerar que todo enunciado es frágil, desmedido y perecedero.

La teoría-fixión tal vez podría constituirse como un topos utopos, en donde “ficción y teoría, enemigas” o “ficción y ciencia, en las antípodas”, encuentren un espacio donde repetición y deseo, precisión y poesía, sentido y sonido, rigurosidad e invención, y ecuación y dibujo, hacen sinergia sin pleonasmos. Un modo de recuperar la maravilla de la ficción y asumir el riesgo de otros imaginarios estético-políticos que los impuestos por la hiperstición como única y definitiva salida posible.

XI

Pero, ¿qué implicaciones tiene exscribir en este estado de situación, en el que un nuevo modo del lenguaje



aniquila la identificación en la que se constituye el sujeto para poder hacerse responsable de sus palabras? ¿De qué forma practicar hablas, gramáticas, sintaxis, entonaciones, texturas, eficacias discursivas, sin dogmatizar, estigmatizar, disciplinar, ordenar ni moralinear? ¿Cómo discernir y diferenciar sin establecer una jerarquía piramidal, elitista, exclusivista? ¿Cómo reinventionar una excritura que no destruya ni se mofe de la cultura anterior, pero que ejerza la función de la crítica y la interpretación? ¿Cómo cifrar el real del lenguaje sintético y la hiperstición? ¿Cómo marcar, estrujar, esculpir, hendir, labrar, rubricar, las identificaciones y los nombres arrasados? ¿Cómo restituir los lazos cortados entre palabras, tiempos, pensamientos, personas, generaciones, mundos, y seguir tejiendo sin que el urdido sea destinado sólo a la restitución? ¿Qué excritura volvería a hacer uso de la función de la letra, a escribir, como para nombrar a los millones de muertos masacrados por este sistema que construye hiperstición a la par que extractiva marcas y vidas?

XII

Durante la dictadura cívico-militar en Chile, un grupo de mujeres bordó arpillerías como medio de subsistencia. Pero su labor trascendió lo económico, puesto



que, a través de puntadas y bordados, narraron la historia de sus comunidades y denunciaron los crímenes de Lesa Humanidad cometidos por el régimen.

Las arpilleras, que llevaban consigo el testimonio de la残酷, eran enviadas al exterior a través de redes internacionales que conectaban con los exiliados alrededor del mundo. Los bordados puntaban la残酷za de los alambres de púas que rodeaban los campos de concentración, los cuerpos arrojados desde helicópteros, las torturas infligidas en los centros de detención clandestinos, las cuencas de los ojos vaciadas, las violaciones y vejaciones, la mutilación y la desaparición de seres queridos.

El arte del bordado fue la escritura que supo hacer del exceso padecido, marca.

Las mujeres que crearon estas obras, conocidas como “arpilleristas”, son las escritoras de lo que se pretendió borrar.

Mario Bellatin viene ensayando otra escritura en las antípodas del arrasamiento del trazo unario, propio del lenguaje sintético y su necropolítica. Simultáneamente, reconoce que ciertas escrituras, a las que se refiere como las Viejas y Sagradas Escrituras –literal y metafóricamente– dejaron de escribir.

El 16 de enero de 2019, en ocasión de su recepción del Doctorado honoris causa por 17, Instituto de Estudios Críticos, leyó unas páginas en las que escribió



dos veces los nombres de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa, a quienes hasta hoy se les arrebató el derecho a la muerte excrita.

Concluyo citando algunas de sus palabras, parafraseadas e intervenidas por mí. Respeto su modo de puntuación que subraya que exscribir no es anotar palabras en una hoja, sino horadar cortes y empalmes hasta hacer trama.

Antiguo compañero de milicia, en este mundo, donde los cuerpos de carne y hueso son un obstáculo para el progreso, también lo son las palabras. Me refiero a esa clase de palabras provistas de un esqueleto y de una masa muscular, de una vida que les corresponde. Imagínate tú qué eficacia puede tener el decir o cualquier otra producción que se ombliga a la marca de la letra, si la materialidad en la que se asienta es considera un elemento a superar. Debemos entonces ser humildes, agachar las cabezas y aceptar que habitamos un continente donde no existen más ni la Palabra, ni los libros tutelares, ni los Códices, ni las intrincadas e inexpugnables escrituras atávicas de las civilizaciones del Sur, ni las nuevas interpretaciones, llevadas a cabo muchas veces por los innumerables evangelistas que tocan una y otra vez la puerta (...). Nada que otorgue sentido a la infinita cantidad de muertes absurdas de las que estamos rodeados, vivos habitando sobre los muertos, muertos sobre los vivos, muertos enterrando a sus propios muertos, muertos desenterrando a sus



muertos. (...) Las Antiguas y Nuevas Excrituras suelen hallarse en los lugares más insólitos, (...) Debo contarte, querido compañero de milicia, que he reunido a un grupo de personas, académicxs, escritorxs de ciencia ficción, psicoanalistas, poetas, militantes de agrupaciones sociales, mujeres a cargo de comedores comunitarios, maestros y maestras, para que discutamos, en medio de tanto desconcierto, la posibilidad de la aparición de nuevas excrituras. Una excritura no sólo acorde al siglo en que habitamos, sino una que dialogue de manera armoniosa con la cultura que nos precede. (...) No hay más libros Sagrados. Ni Torás, ni Biblias, ni Coranes, ni Códices, ni Popol Vuh, ni extrañas cuerdas atadas con nudos como forma de comunicación. No hay más quilpus ni arpillerías. Algo similar a lo que ocurre con las excrituras de todos los tiempos. Sus peores enemigos son precisamente los que ejercen la escritura. (...). Es posible también que cada pez dorado que nade de manera majestuosa sea la representación de la palabra propia. Una palabra que nunca podrá ser plena mientras carguemos con los perros que deambulan buscando sepultura por el mundo. Abel García Hernández. Abelardo Vázquez Periten. Adán Abrajaán de la Cruz. Marielle Franco. Julio López, Rodolfo Walsh. Victor Jara. Kenia Cruz. Tehuel de la Torre. Loan Danilo Peña. Pamela Cobbas. Roxana Figueroa. Andrea Amarante. “La Excritura del Siglo XXI soy yo”, puede decir cualquiera

que decida tomar de pronto un lápiz y un papel con la intención de colocar un rasgo, una letra, una rúbrica, algo que dé cuenta de su acción. De un movimiento que no sea otro, sino simplemente el de dejar estampado sobre una superficie lo que se pretende denegar; pero también la x, esa incógnita en la que se asienta lo irreductible.



Referencias bibliográficas

- Barrios, Fernando; Maldonado, Helena y Villalobos Marín, Roberto. Un Viaje a los confines del psicoanálisis. Dislocaciones I y II. E-diciones Justine.
- Bellatin, Mario. (2022). Mis nuevas escrituras. Buenos Aires. Ediciones chinatown.
- Benjamin, Walter. (2016). El narrador (1936). Santiago de Chile. Metales Pesados.
- Berger, John. (1994). Doce tesis sobre la economía de los duelos. Madrid. Páginas de la herida.
- CCRU. (2021). Hiperstición. España. Materia oscura.
- Durán Rojas, C. (2024). Imágenes virales. El cine de David Cronenberg. Santiago de Chile. Metales Pesados.
- Edul, Cynthia. (2024, agosto). La primera materia. Buenos Aires. Tenemos las máquinas.
- Farrán, Roque. (2023). Escritura, exposición, cicatriz. Argentona. En el margen, revista de psicoanálisis.
- Fernández, Helga. (2022). La carne humana. Una investigación clínica. Buenos Aires. Archivida.
- Fernández, Helga. (2020). Para un psicoanálisis profano. Buenos Aires. Archivida.

- Fernández, Helga. (2024). *Mandíbulas autómatas. El lenguaje en estado viral y sus huéspedes precarizados*. Buenos Aires. En el margen.
- Freud, Sigmund. (1959). Carta 52 (1896), dirigido a Wilhem Fliess.
- Garaventa, Viviana. (2024). *Al amparo de la ficción*. Buenos aires. En el margen.
- García, Luis. (2024). Posteos de Facebook en su perfil personal.
- González González, Mauricio. (2024). *Ecologías Insomisas. Antagonismos al geontopoder de la extracción petrolera*. Ciudad de México. La sombra de Sabino.
- Lacan, Jacques. Seminarios La identificación (1961-1962), Las psicosis (1955-1956), Aún (1901-1981); Las formaciones del inconsciente (1957-1958); El deseo y su interpretación (1958-1959) y La ética (1959-1960). Traducciones de Ricardo Rodríguez Ponte.
- Land, Nick. (2021). *Teloplexia. Ensayos sobre acelacionismo y horror*. Barcelona. Holobioente.
- Odier, Daniel. (2014). *El trabajo (The Job)*. Entrevistas con Williams Burroughs. Enclave.
- Plant, Sadie. (1995). *Los telares del futuro: Tejedoras y cibernetica. De VNS Matrix a Laboria Cuboniks*.